

Rasgos y peculiaridades fisiográficas de los rios Guadalquivir y Guadiana

POR

FRANCISCO HERNANDEZ-PACHECO

Discurso leído en la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes

EXCMO. SEÑOR, SRES. ACADÉMICOS, SEÑORAS Y SEÑORES:

Vuelvo de nuevo ahora a Córdoba a agradeceros vuestra deferencia al nombrarme académico correspondiente de esta Casa. Yo sé que este nombramiento que me habeis hecho no es más que expresar indirectamente a mi padre y maestro el gran cariño y la consideración que le tenéis como compañero. El fué también maestro de muchos de los que ahora me escucháis y por ello su recuerdo afectivo hizo que me llamárais al seno de esta ilustre y prestigiosa corporación científica cordobesa, hecho que tanto me honra y que tan grandemente me satisface, pero sé que en ello ha influido mucho la buena amistad y el cariño vuestro y muy poco el merecimiento mío para tal galardón.

Con todo el corazón os lo agradezco.

Venir a Córdoba es siempre un gran placer y más para mí, que pasé en esta culta y vieja ciudad los primeros años de mi niñez. Epoca magnífica fué aquella, no tenía preocupaciones y estaba colmado de felicidad. Jugar por aquellas calles enlosadas, tortuosas y estrechas, vagar en su tranquila y silenciosa soledad, percibiendo el hueco resonar de los pasos. Calles que eran como la prolongación del patio de casa. En sus rincones nos reuníamos con los del Corral de Bataneros a contarnos cosas, bajo la clara luz del farol de gas que con su resplandor atraía las oscuras y cautas salamanquesas.

También a veces y de oculto, bajábamos al río y recorriamos los tenebrosos recovecos de las ruinas de los molinos árabes. La impetuosa corriente y el trágico del agua nos atemorizaba, pero el ir allá y entrar allí ¡sí que era una gran aventura!

Magnífico era el día de la apertura de curso en el Instituto. ¡Qué emocionante la ceremonia en el Salón de Actos! En él entraba con mi traje nuevo agarrado de la mano de mamá, de puntillas y hablando bajito. Dentro, en el Salón, los papás estaban muy bien vestidos y muy serios, las mamás muy guapas y oliendo muy bien. Y luego aquella larguísima mesa, llena de todo lo bueno, bollos y bizcochos, dulces y pasteles, tantos y tan grandes algunos que no parecían de verdad.

Qué felicidad los días que íbamos al campo hacia el Brillante, al Cañito Bazán. Jugábamos en el arroyo y nos deleitábamos cogiendo flores con mi padre y bichos. Luego, en casa, se colocaban las flores entre papeles, muy estiraditas y los bichos pinchados en alfileres, en cajas, colocados en fila o en grupos, muy ordenados, como yo ponía los soldados de plomo que me regalaban en el «Palacio de Cristal».

También había ratos malos, los de ir a la escuela, con don Alejandro, al colegio de San Francisco Javier, en la casa grande de la calle de José Rey, cerquita de casa, en Bataneros.

Al colegio iban también unos hermanos; eran varios e hijos de gitanos y vestían siempre de negro. Llevaban en los bolsillos al colegio grandes terrones de azúcar que roían sin cesar y para hacerme rabiar, eran un poco mayores que yo, me espurreaban la cara con azúcar. Por ello un día que se descuidó uno, le empujé y cayó en el hondo pilón del patio. Qué susto y qué angustia más grande después de haberlo hecho!

Pero a qué viene todo esto. Porqué he de entretener a ustedes con estas nimiedades. Es que estoy gozando, recordándolo, perdonenme. Hace ya de todo esto cincuenta años.

Día feliz fué el de la mudanza del colegio, de José Rey a la calle de Horno del Cristo. Con qué gozo estuve llevando chismes toda la mañana. Pasaba bajo la ventana de doña Valle muy de prisa, para que no me viera, pues me daba vergüenza de ella. Su voz contando cosas, criticando, chismorreando, no

cesaba nunca, pero a doña Valle no se la veía al quedar oculta tras dos magníficas macetas de albahaca

Y este charloteo continuo, no sé por qué lo asociaba yo al murmullo bronco de los cántaros que subía de tono a medida que se llenaban bajo los chorros del gran pilón del Patio de los Naranjos.

*
**

La red hidrográfica peninsular es, geológicamente hablando, relativamente joven, pues es heredera directa de la que muy evolucionada, con rasgos a veces seniles, corría al finalizar los tiempos terciarios a través de las tierras que en parte hoy integran la Península Hispánica

Tres grandes conjuntos hidrográficos se originan en este país formado por España y Portugal; el Cantábrico, el que vierte hacia el Atlántico y el tributario del Mar Mediterráneo.

Divisorias de aguas unas veces claras y bien establecidas por cumbres y aristas montañosas, otras inciertas al desarrollarse a través de llanos, altiplanicies y penillanuras, separan a tales conjuntos hidrográficos y a las diversas cuencas que los forman, siendo muy frecuente que las cabeceras de los ríos luchen entre sí para apoderarse de mayor espacio de tierras y nutrir así mejor los cauces fluviales, salvando de este modo la línea divisoria de aguas. Esto sucede, en especial, allí donde las divisorias no están muy claramente establecidas. El río más caudaloso, el que desarrolla un trabajo erosivo más potente, al correr en general a menor altitud, saldrá vencedor en tal contienda, pues las mismas leyes rigen los fenómenos naturales que las luchas humanas y por ello siempre el más fuerte y tenaz en sus contiendas, sale victorioso.

En esta nuestra Península, tan áspera y quebrada, tan diversa, tan rica en relieves, paisajes, ambientes y contrastes, los fenómenos de capturas fluviales son frecuentes debido a tal proceso e igualmente también las divisorias de aguas perfectamente establecidas.

Paraje muy interesante a este respecto es el singular nudo montañoso del que fluyen tres incipientes riachuelos que han de alcanzar respectivamente el Atlántico, el Cantábrico y el Mediterráneo. Se trata del Pico de Tres Mares, en las montañas santanderinas de Reinosa, en el extremo occidental de la alineación de los Puertos de Seijos. Sobre esta aguda cumbre que alcanza los 2.175 m de altitud,

si aún la primavera no está avanzada y el invierno fué nevoso, las aguas procedentes de la licuación de las nieves cumbreñas, en pendientes regueros irán a concentrarse en arroyos en los que se inicia el Nansa que alcanzará el Cantábrico, corriendo hacia el Norte el alto Pisuerga que por el intermedio del Duero, verterá en el Atlántico y el Híjar o alto Ebro que después de sumirse en el terreno y surgir de nuevo dando origen al potente manantial de Fontibre, rendirán su fruto al Mediterráneo.

Si curioso, interesante y de gran belleza natural es este paraje cumbreño, otros nudos y divisorias de aguas hay en Hispania que son dignos de ser recorridos y estudiados, y entre ellos, la línea divisoria de aguas entre dos de los ríos más genuinamente peninsulares, el Guadalquivir y el Guadiana, aquél representativo de uno de los cauces más jóvenes del conjunto peninsular y este otro sin duda, de los más viejos y evolucionados, habiendo venido ambos a ser, tal cual hoy se nos ofrecen, debido a un conjunto de cambios y fenómenos fisiográficos, ejemplos magníficos de la evolución fluvial, lo que hace que el estudio de «sus vías» sea problema del más alto interés, el cual poco a poco vamos tratando de conocer a medida que se analiza la evolución y cambios sufridos, en sus amplias y variadas cuencas.

En general, el origen, proceso y desarrollo del Guadalquivir es sencillo, pues bien claramente se deduce que su ascendente directo, al menos en su valle medio y bajo, fué un gran golfo marino del mar plioceno.

Mucho más complejo y confuso es el proceso y evolución del Guadiana, que es en realidad, río enigmático, fisiográficamente considerado estando formado de retazos de una vieja red pliocena, casualmente unidos entre sí en el transcurso de los tiempos finales de tal edad y durante el cuaternario.

Decíamos al principio que en su conjunto, la red fluvial peninsular, es relativamente joven, siendo heredera directa de otra en gran parte desaparecida de los tiempos finales del Terciario. Entonces la Península va a ser afectada por dos grandes conjuntos de fenómenos que al modificar su configuración, nos la van a presentar tal y como hoy se nos ofrece.

Hacia las zonas periféricas del conjunto de tierras que entonces se extendían más ampliamente que el que actualmente forma la Península, se van a producir grandes hundimientos que abismarán bajo las aguas del mar, amplios compartimientos corticales.

movimientos en masa de elevación, el país epigénicamente se va a levantar a relativa gran altura y lo que eran tierras llanas y bajas, no elevadas a más de 200-250 m como altitud media, van a quedar situadas en grandes espacios, a más de 1000 m de altitud, y en virtud de desnivelaciones aún mayores, algunos compartimientos corticales, como el que hoy forma el Sistema Central de Guadarrama-Gredos o el Macizo de Sierra Nevada, se alzarán hasta rebasar ampliamente los 2000 y aún los 3000 m respectivamente de altitud.

Estas elevaciones en bloque de las tierras centrales y de los compartimientos montañosos de la Península, son fenómenos de compensación isostática que contrarrestarán a los hundimientos que se efectuaron hacia la periferia, pudiendo decirse que los compartimientos corticales jugaron del mismo modo que lo hacen los platillos de una balanza, los cuales forzosamente para que uno se eleve, tiene que descender el otro. Lo mismo en cierto modo sucede con la corteza terrestre, compensándose así isostáticamente las desigualdades que en la superficie terrestre se producen, de tal modo, que si en determinada zona el mar se retira, al elevarse lentamente el continente en otras las aguas invadirán las tierras al rebajarse éstas. Así la masa de tierras emergida y la que no lo está, se mantienen equilibradas, si bien su distribución superficial, no sea siempre la misma.

Cuando se estudia geológicamente la Tierra, pronto se ve que lo que denominamos tierra firme, tiene poco de tal característica, pues las invasiones del mar o transgresiones y las retiradas o regresiones del mismo, constantemente se viene sucediendo desde los más remotos tiempos y ello hace que la distribución de tierras y mares varíe con el tiempo.

A consecuencia de tales fenómenos, el antiguo relieve peninsular se rejuveneció, pues todos los indicios hacen suponer que al finalizar los tiempos miocenos y a lo largo del Plioceno, debido a largos y sucesivos ciclos de erosión, las llanuras por aluvionamiento y las penillanuras por arrasamiento que eran las formas de relieve dominantes en la Península y que estaban situados a poca altitud se modificaron, viniendo por tal proceso y por la elevación de determinados macizos montañosos a constituirse el relieve que caracteriza hoy a nuestras tierras.

Se comprende así que se originase una nueva topografía que en determinadas zonas adquirió características exaltadas. A consecuen-

cia de ello la red fluvial antigua muy evolucionada, de escasa pendiente fué, mediante cambios sucesivos relativamente rápidos a veces, desapareciendo, siendo sustituida por otra más joven, la actual, la de tiempos cuaternarios, la que aún en muchos de sus tramos o conjuntos fundamentales, conserva características y restos de la vieja y anterior red fluvial del terciario.

Otro fenómeno que también tiene lugar en esta época de tránsito, entre el Terciario final y el Cuaternario antiguo, es que el gran compartimento cortical que constituye, en sentido amplio, la Península, no solo se levanta en sus zonas centrales en general, sino que bascula suave y lentamente en su conjunto hacia WSW, debido a lo cual, la mayor parte del desagüe de tierras se hace en dirección al Atlántico, originándose así los cinco grandes sistemas fluviales, que desde Galicia a Andalucía son tributarios del Océano.

Por el mismo fenómeno, la vertiente mediterránea se acorta y se hace más pendiente, debido a ello los ríos de tales zonas ofrecen acentuadas características torrenciales. Un gran segmento hundido, da origen a la cuenca del Ebro, río que para alcanzar el Mediterráneo, tiene que abrirse paso excavando profundas gargantas al atravesar las montañas litorales catalanas, ya en su zona de desembocadura, iniciándose a continuación y repentinamente la llanura de su delta. En otros espacios, donde dominaba el régimen endorreico, es decir sin salida al mar, tal régimen desaparece, tanto por rellano o aporte de material de aluvión, como por avenamiento debido a la nueva red, lo que determinó que estas cuencas cerradas, con determinadas características de aridez dejaran de existir.

Es caracter peculiar de los grandes ríos de tipo normal el quedar divididos a lo largo de su curso, en tres fundamentales tramos, el de cabecera, de acentuadas características torrenciales, por lo inclinado de su cauce, siendo en tal tramo genuino los rápidos y cascadas; el que da origen a su valle medio, poco inclinado ya, pero que puede ir aún bastante encajado. En este tramo y especialmente en su zona media se desarrollan ampliamente los conjuntos de las terrazas fluviales, así como los meandros encajados. Finalmente se alcanza el tercer tramo, de muy escasa pendiente, donde el valle ancho y plano, casi sin discontinuidad, se enlaza con la llanura que limita el río. Tal tramo sin discontinuidad aparente, se prolonga por la zona de desembocadura formada en este caso por un estuario. En el tramo bajo lo característico son los meandros divagantes, amplios y repetidos que dan muy especial fisonomía al valle fluvial.

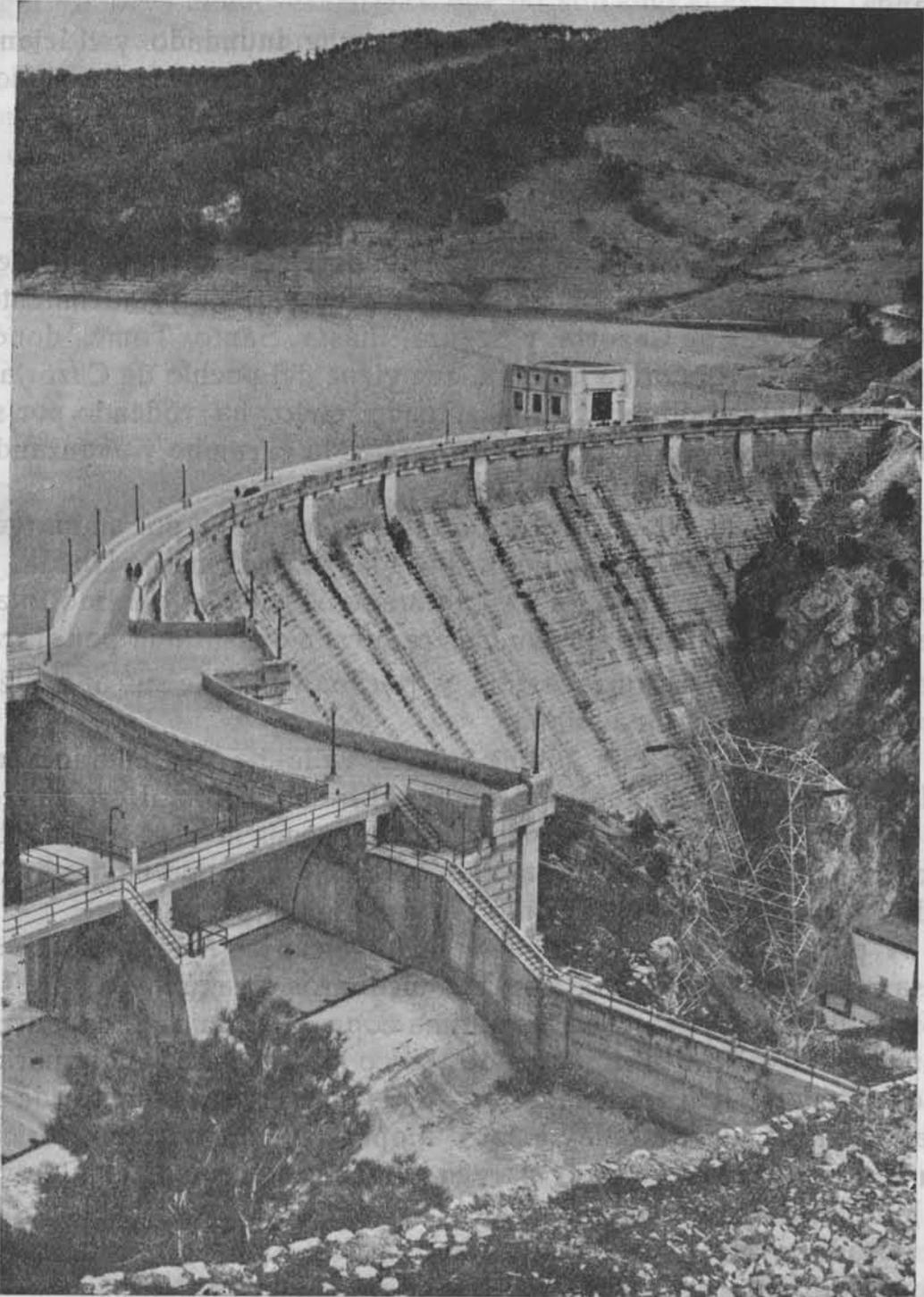
Teniendo lo dicho en cuenta, vamos a comparar entre sí dos ríos caudales peninsulares, de la vertiente atlántica, que por sus características fisiográficas son muy diferentes, así como por su evolución a lo largo del tiempo geológico. Son estos el Guadalquivir y el Guadiana, es decir el río que atraviesa la región más genuinamente andaluza y aquel otro que recorre los campos de la Extremadura Central.

El Guadalquivir se amolda a las indicadas características respecto a los tres fundamentales tramos fluviales. Por el contrario, el Guadiana es un río totalmente anormal, de los más extraños de la Península, reflejando sus peculiares rasgos fisiográficos su ascendencia pliocena, por lo que a lo largo de su valle se descubren zonas que son aún resto de la antigua red fluvial del Terciario.

Ambos ríos han sido ya objeto de estudios por nuestra parte y en realidad difícil de decir sería cual de los dos es más interesante. Ambos están ligados a la época de mi niñez, guardando del paisaje de sus valles, de los paseos por sus orillas recuerdos imperecederos, de tal modo que determinadas escenas ligadas con estos ríos han quedado grabados tan fuertemente en mi memoria que al recordarlos vuelvo a vivirlos, en sus más mínimos detalles.

En un atardecer de la alta primavera. Estamos mi hermano y yo en el jardincillo de casa, geranios, celindas, jazmines, dos o tres frutales y una pequeña conífera. Las primeras sombras invaden el recinto y al huir la luz nos invade vago temor. Hay quietud y silencio. Hasta nosotros llega el clamor del río al saltar por las represas de los viejos molinos árabes. Este clamor, plácido y lejano, que todo lo llena, vuelve siempre a mí al recordar los años pasados de niño en Córdoba. También recuerdo el suave rumor que el viento producía al rozar la delicada trama de hojas de la conífera. Este casi imperceptible susurro era el que ponía fin a nuestra actividad destructora en el jardincillo que abandonábamos no muy temerosos al acompañarnos el alegre y tranquilizador clamor del río.

Grato recuerdo guardo también de la alegre, emocionante, grandiosa impresión que me causó el Guadiana al contemplarlo desde el alto murallón del «Conventual» de Mérida. El río con las lluvias invernales viene crecido. El día es claro, radiante y hasta muy lejos la gran sábana de agua brilla herida por el sol. La inundación que hemos ido a ver no tiene nada de violenta, de medrosa. Las aguas mansas avanzan plácidamente convirtiendo la campiña en inmensa laguna. Lejos, azulinas serratas se recortan. En una de ellas,



La gran presa y el embalse del Tranco de Beas, Jaén, en el Alto Guadalquivir y al comienzo de la gargante de captura de este tramo fluvial.

Foto H-Pacheco, IV-55

aislada y alta destaca nítida y aguda la silueta del Castillo de Alange

Esta visión del valle luminoso, totalmente inundado y el lejano y recortado horizonte que lo limita, vuelve siempre a mí con todos sus detalles.

Los tres tramos del Guadalquivir

Los tres diferentes tramos del Guadalquivir pueden quedar bien limitados. El Alto o torrencial se desarrolla desde su nacimiento, entre las Sierras de Cazorla y Segura, hasta Santo Tomé, donde recibe al río la Ribera de la Vega, que viene del pueblo de Cazorla.

Antes el Guadalquivir, en acentuado codo, ha rodeado por su extremo NE a la Sierra de Cazorla, torciendo el rumbo y avanzando ya de NE a SW.

A poco recibe el aporte del Guadiana Menor, y por su margen derecha luego el del Guadalimar. Pasada ya la Loma de Ubeda, y junto a Menjíbar, el carácter de río montañoso se ha perdido totalmente, pudiendo decirse que su cabecera está constituida por el tramo que queda hacia aguas arriba y por los valles de sus afluentes, Guadiana Menor y Guadalimar.

En la unión con este último río el valle ha descendido a los 240 m., comenzando aquí francamente el tramo medio. Pero en realidad en esta cabecera se destacan dos segmentos, el tramo alto, propiamente montañoso, hasta Santo Tomé y el tramo bajo, ya alejado de la montaña, desde Santo Tomé a Menjíbar.

A partir de esta localidad y hasta alcanzar Alcalá del Río se desarrolla el tramo medio, con sus meandros divagantes amplios y típicos, dejándose sentir en su última zona el influjo de la marea, donde ya el valle alcanza de modo franco los depósitos cuaternarios que en general han rellenado las zonas más tierra adentro de su gran estuario que era todavía muy amplio en época protohistórica. En el tramo medio y por la margen derecha recibe el Guadalquivir al Jándula, cerca de Andújar, y al Guadiato en las inmediaciones de Posadas y otros ríos menos importantes, todos procedentes de Sierra Morena.

Por la margen izquierda y en Palma del Río, confluye el Genil que de Sierra Nevada viene, aportando un importante caudal.

En Alcalá del Río el Guadalquivir corre ya tan solo a 11 m. de altitud, terminando el tramo medio e iniciándose el tercero que ter-

Tercero. El de los Montes de Toledo, que como prende desde el Oeste de Ciudad Real, una extensa región montañosa de cuarcitas del Silúrico de las que sale el río describiendo un codo brusco por el Portillo de Cijara al Norte de Extremadura.

Cuarto. El de Extremadura Central, región que en valle amplísimo atraviesa con dirección Este a Oeste hasta Badajoz, en la frontera hispano-portuguesa.

Quinto. El tramo portugués, en el que el río tuerce su rumbo al Sur y contenido al Oeste por el macizo granítico de Evora, avanza hasta desembocar en el Atlántico, al Sur de la Península».

«Estos tramos presentan características tan diferentes entre sí que no parecen segmentos de un mismo río, coincidiendo todos en el carácter palustre que presentan».

Tal hecho es debido a que el Guadiana en casi todo su recorrido y especialmente en su segmento manchego y a lo ancho de la Extremadura Central, como se ha hecho notar, representa a un río de acentuadas reminiscencias terciarias, muy evolucionado y solo levemente rejuvenecido hoy, debido a fenómenos que han tenido lugar en el cuaternario antiguo, o al terminar los tiempos terciarios. Por ello nada de extraño tiene que el profesor Hernández Pacheco, E., haya dicho que «el río más singular, extraño y anómalo de todos los hispanos es el Guadiana, formado por retazos de la anterior red fluvial. Contrariamente a todos los demás, no se origina entre montañas ni en serranías, sino en la llanura más extensa y plana y sin pendientes que existe en la Península: en la llanura de la Mancha».

Nacimiento del Guadalquivir

Nace el Guadalquivir en paraje selvático y deleitoso. En ambiente típico de montaña, entre quebrados y fragosos calares a la altitud de unos 1620 m. El río a poco de apartarse de la fuente que ha nacido, y especialmente en la primavera, si la internada fué nivosa, se convierte en poderoso torrente. Profundamente encajado en su cauce, se precipita por raudales y cascadas atronando el valle con el fragor de sus aguas. Este primer tramo de unos 45 km. es de gran pendiente, especialmente al principio, hasta alcanzar el río Borosa, tramo alto, en el que el Guadalquivir materialmente se despeña.

Desde el paraje de unión con el Borosa, donde ya las aguas han descendido a los 690 m. de altitud, el Guadalquivir torrencial recibe

nifica por la armonía y magnificencia del conjunto. El paisaje no puede ser más grato y sorprendente, paisaje peculiar de esta gran serranía de Cazorla y Segura, que es ahora cuando ha empezado a ser conocida y que tantas bellezas naturales encierra.

En el fondo del valle, los tonos claros de las sotoneras ribereñas resaltan sobre el roquedo triásico de variados y brillantes colores rojos, grises, amarillentos. En medio y a trechos, tranquilo avanza el Guadalquivir. Sus grandes charcos, espejean al sol. Allá a lo lejos destaca el lago azul del Tranco de Beas al que se dirigen las aguas.

Si los técnicos forestales, cuidando, mimando al bosque de estas serranías, salvándolo de la destrucción, han creado un paisaje grato y magnífico, los técnicos hidráulicos nos han obsequiado con este gran lago dormido en el regazo de las montañas que tan bellas se nos ofrecen con las galas de sus masas forestales.

Aún continúa el Guadalquivir aguas abajo de la magnífica y gran presa del Tranco de Beas, lugar de bravías perspectivas, con características torrenciales, pues su valle angosto, encajado y pendiente, salva un gran desnivel. Queda dominado el cauce por altas y cortadas cinglas y muelas calizas de cuyas alturas aquí y allá, altísimas y desfleadas chorreras se precipitan dando alegría y vistosidad a la garganta. Poco a poco el paisaje se hace más sencillo, los desniveles menguan, el valle se ensancha y con características más tranquilas y mayor amplitud alcanzamos los parajes de Villanueva del Arzobispo. Se ha descendido a los 450 m. y hemos dejado atrás la verdadera cabecera del Guadalquivir, su verdadero valle alto.

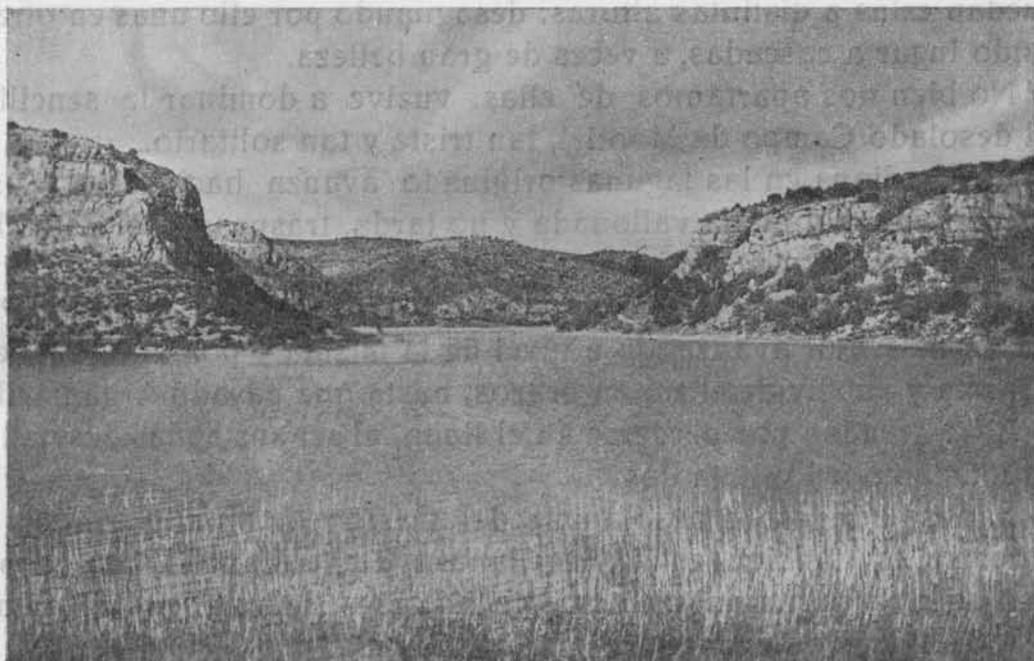
La cabecera del Guadiana

Veamos que ocurre con el Guadiana.

Se origina el río en el magnífico conjunto de las lagunas de Ruidera. Su nacimiento es pues muy peculiar, no teniendo semejanza alguna con ningún otro origen fluvial de la Península.

Queda este gran rosario de lagunas situado en el campo de Montiel, a la altitud media de 700 a 900 m. El país da origen a una gran llanura, muy levemente ondulada, siendo una de las más extensas y uniformes del ámbito peninsular. Ningún relieve destaca en la lejanía, ofreciendo el plano y regular horizonte las características del marino. La campiña es solitaria, desolada, está casi desprovista

de vegetación. La arboleda falta en absoluto. Todo es grandiosidad, serenidad y lejanía. Al caminar por estos campos atravesamos un verdadero desierto. Un verdadero oasis por el contrario es la hondonada en la que se alinean las lagunas. La presencia del agua que en cascadas se derrama de una en otra, la existencia de las arboledas, y lo movido del terreno, con acusados, aunque no grandes



La Laguna de San Pedro, una del conjunto de las de Ruidera, en la altiplanicie del Campo de Montiel en Ciudad Real.

Foto H. Pacheco, VI-32

desniveles, hacen de este paraje y más por contraste con la llanada que lo domina, lugar grato, deleitoso y de gran belleza natural.

El origen de la hondonada y de sus lagunas interrumpiendo el dilatado y plano Campo de Montiel, es debido a un fenómeno cársico. El subsuelo del país está formado por potente masa de calizas triásicas y bajo ellas yace, un conjunto arcilloso yesoso de muy escasa consistencia. En esta masa arcillo-yesosa se abre la célebre cueva de Montesinos en paraje inmediato a las lagunas.

En tiempos geológicos pasados, al finalizar el terciario y quizá ya en el Plioceno superior, un cauce subterráneo corría bajo la llanura del Campo de Montiel. La acción erosiva de las aguas subte-

rráneas, ensanchó poco a poco su recóndito camino y especialmente al alcanzar el nivel arcillo-yesoso subyacente al de calizas, de muy escasa resistencia. Se formó así laberíntica y larga espelunca que debió llegar a alcanzar grandes dimensiones. Este túnel natural labrado por la acción erosiva epigea de las aguas, con el tiempo se rehundió y lo que fué cauce hondo, oscuro y misterioso, se convirtió con el tiempo, en superficiales, luminosas y sonrientes lagunas. Quedan estas a distintas alturas, desaguando por ello unas en otras, dando lugar a cascadas, a veces de gran belleza.

No bien nos apartamos de ellas, vuelve a dominar la sencillez del desolado Campo de Montiel, tan triste y tan solitario.

El Guadiana en las lagunas originado avanza hacia el NW siguiendo ancha y plana vallonada y no tarda, tras pasado el Estrecho de Peñarroya, donde en la actualidad se construye una presa que dará origen a un embalse, en alcanzar la llanura de la Mancha. Por ella ha de seguir avanzando a nivel de la misma y por ello, se desparrama y subdivide el río en brazos, hasta que pasado Argamasilla de Alba, termina por perderse en el llano, al ser sus aguas desviadas y agotadas por los regadíos.

Si desolada es la altiplanicie del Campo de Montiel, amplia y uniforme es también esta gran llanura de La Mancha, que sólo a caso no ofrezca tan angustiosa soledad, pues siempre en la lejanía destaca alguna construcción, casa o cortijada.

Si comparamos los orígenes de estos dos ríos caudales peninsulares, los ambientes, paisajes y circunstancias donde tienen lugar tales nacimientos, no pueden ser más diferentes y en sí cada uno, más genuino y característico.

A veces en años lluviosos el Guadiana puede llegar, aunque muy menguado en su caudal, a unir sus aguas, en plena llanura de La Mancha con las del Záncara y Giguela, afluentes que en cierto modo ofrecen características semejantes a las del Guadiana.

Por Villarta de San Juan y Arenas de San Juan, el Guadiana sigue muy amplia cañada y su cauce francamente esparramado en ella da origen a dilatada zona pantanosa, casi cubierta por carrizales, espadañas y junqueras. Entre tal masa vegetal, el río arrastra ovas y broza, quedando cubierto en primavera de flotantes praderas floridas. Su avance es lento, a veces, casi quietas sus aguas se encharcan, hasta que alcanza los extensos pantanos de Daimiel que ofrecen con mucha mayor extensión idénticas características palustres.

Las llanuras inmediatas no dominan a la vallonada del río, pues son mínimos los desniveles en este país. El campo es desolado. Solo en plena primavera, la llanada, sobre la que se alza un cielo luminoso, y en parte cubierto de vistosa y variada nubosidad, ofrece la belleza de las grandiosas llanuras, pero el país que se recorre con



El Guadalquivir a su paso por Córdoba.

Viejos molinos árabes, el puente y la Mezquita convertida en Catedral.

Foto H. Pacheco, V-45

asombro, nos atrae, se desea atravesarlo, dejarlo atrás y alcanzar otros horizontes.

En estos campos solo el río nos detiene, especialmente en sus grandes pantanos, allí donde sus diversos brazos se bifurcan, se anastomosan y se vuelven a separar. Donde entre la crecida masa de carrizos y espadañas se desarrolla la intensa vida de las aves acuáticas, que allí escondidas y protegidas, anidan, viven y crían.

Hacia estos parajes se dirige el brazo del Guadiana de los Ojos, potente manantial que no es una resurgencia del desaparecido Guadiana, al alcanzar la llanura de La Mancha, como algunos aún vienen manteniendo, sino aguas manantías, de origen pluvial, que aquí brotan procedentes de la amplia llanura caliza manchega, que desaguan subterráneamente hacia este paraje de Los Ojos, hacia esta leve depresión que viene a ser, como un verdadero

aliviadero de superficie del gran manto de agua subterráneo existente bajo la cubierta caliza del llano manchego.

Salvados los pantanos de Daimiel, el Guadiana sigue avanzando lento, con las mismas características. Grandes charcos semiocultos por la vegetación, sin aparente corriente, se enlazan entre sí en una vallonada muy amplia y plana y así pasa cerca de las ruinas del Castillo de Calatrava, alcanzando a poco el Puente de Alarcos, donde reembalsado por viejos volcanes y coladas de lavas, da origen a extensos charcos con apretados carrizales. A poco recibe por su margen izquierda el Jabalón y abandonando la llanura se adentra salvando Luciana y después de juntarse con el Bullaque, en la Serranía del Campo de Calatrava.

Atrás pues queda el Guadiana manchego con el brazo de Los Ojos y pantanos de Daimiel y muy lejos el de Ruidera, peculiar cabezera de este río extraño de tan vieja ascendencia geológica. El río aún en estos parajes de Luciana corre a la altitud de unos 600 m.

Domina pues en toda esta zona del «Alto Guadiana» la llanura, por la que el río avanza, pudiera decirse sin encauzarse, siguiendo con frecuencia en cauces difusos, tortuosos, como con duda, hacia donde dirigirse y escapar de la llanura. Campo este plano, desnudo, casi sin arboledas, de lejanas perspectivas y de angustiosa uniformidad.

Volvamos de nuevo al Guadalquivir, al Betis, pues ya ha de ser la llanura Bética la que el río recorra. Pero antes digamos algo en relación con el pronunciado codo que el río hace precisamente al llegar al Tranco de Beas.

La probable captura del alto Guadalquivir por un viejo río bético en el Tranco de Beas:

En toda su zona alta el Guadalquivir corre amoldándose a la dirección general de las alineaciones de las Sierras de Cazorla y Segura, por entre las cuales avanza. Es la estructura tectónica de estas serranías la que ha impuesto la dirección al río, pero al llegar a la zona del Tranco cambia bruscamente de dirección y en pronunciado codo y cortando normalmente la terminación de la Sierra de Cazorla, se orienta primero al N y luego SW para correr en general en dirección contraria a la que traía. Es extraño este fenómeno de cambio de rumbo en el correr de las aguas del río, pero si tenemos

en cuenta que en general la red fluvial peninsular, como ya se ha indicado, proviene de otra anterior, terciaria, de la cual es heredera, en tal hecho podemos ver la fusión o enlace de dos redes fluviales

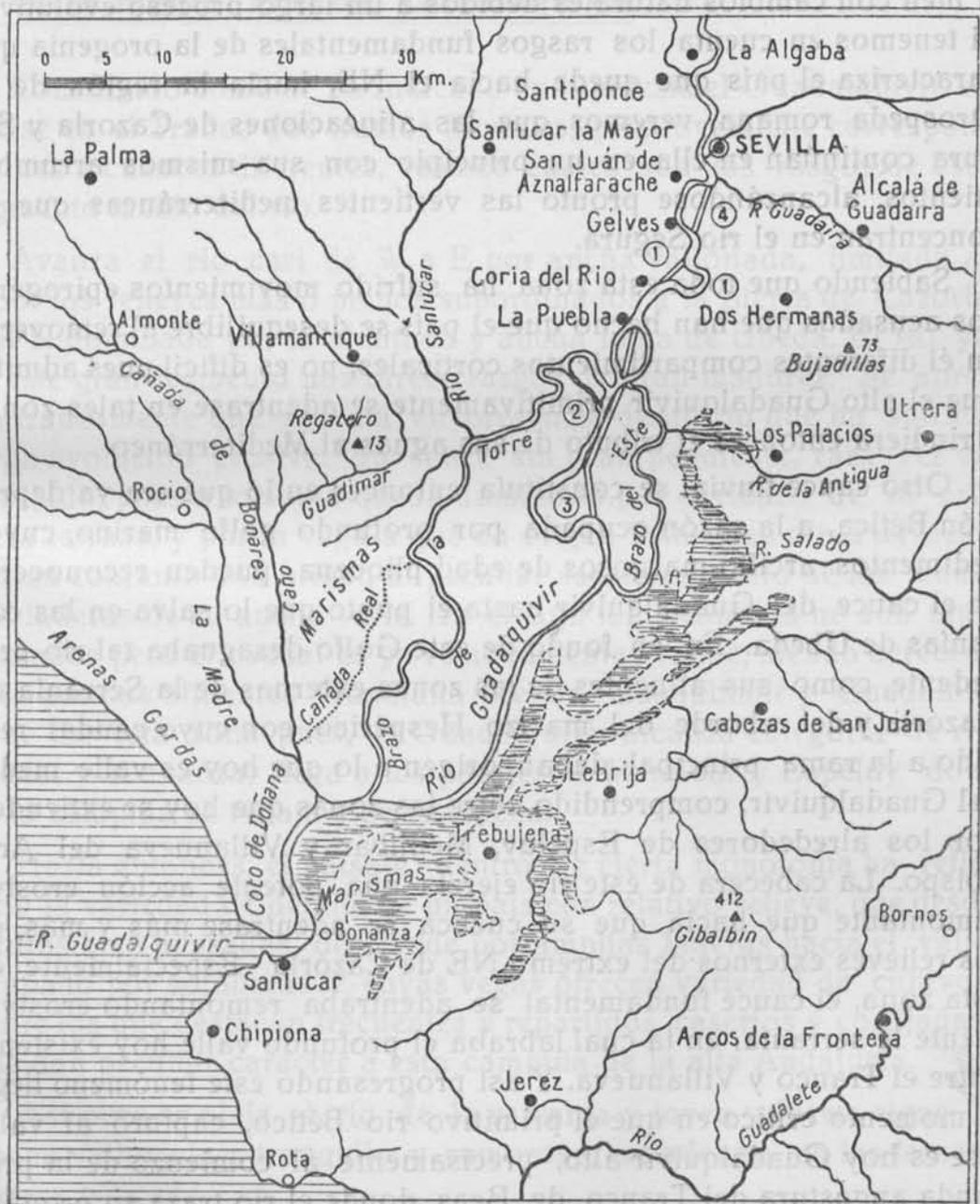


Fig. 3. — Estuario del Guadalquivir o zona de Las Marismas, antiguo lago Tartesio colmado por los aluviones del río.

que siendo en un principio independientes, por cambios sucesivos acaecidos en el complejo y largo proceso de erosión de los tiempos Plio-cuaternarios, vinieron a enlazarse.

El Guadalquivir montañoso, el comprendido entre las zonas de nacimiento y el Tranco, es río de vieja ascendencia terciaria, pero que se ha mantenido con sus características primitivas, hasta ahora, si bien con cambios naturales debidos a un largo proceso evolutivo. Si tenemos en cuenta los rasgos fundamentales de la orogenia que caracteriza el país que queda hacia el NE, hacia la región de la Orospeña romana, veremos que las alineaciones de Cazorla y Segura continúan en ella en un principio con sus mismos arrumbamientos, alcanzándose pronto las vertientes mediterráneas que se concentran en el río Segura.

Sabiendo que toda esta zona ha sufrido movimientos epirogénicos acusados que han hecho que el país se desequilibre al removerse en él diferentes compartimientos corticales; no es difícil pues admitir que el alto Guadalquivir primitivamente se adentrase en tales zonas y rindiera entonces el tributo de sus aguas al Mediterráneo.

Otro cauce fluvial se constituía entonces en lo que era ya depresión Bética, a la sazón ocupada por profundo golfo marino, cuyos sedimentos arcillo-margosos de edad pliocena, pueden reconocerse en el cauce del Guadalquivir hasta el punto que lo salva en las cercanías de Ubeda. En el fondo de este Golfo desaguaba tal río procedente, como sus afluentes de las zonas externas de la Serranía de Cazorla y del reborde del macizo Hespérico, con cuyo caudal reunido a la rama principal daban origen a lo que hoy es valle medio del Guadalquivir, comprendido entre las zonas que hoy se extienden por los alrededores de Espeluy, Menjíbar y Villanueva del Arzobispo. La cabecera de este río ejercía una potente acción erosiva remontante que hacía que su cuenca se adentrase más y más, en los relieves externos del extremo NE de Cazorla. Especialmente en esta zona, el cauce fundamental se adentraba remontando erosivamente la serranía, en la cual labraba el profundo valle hoy existente entre el Tranco y Villanueva. Y así progresando este fenómeno llegó el momento crítico en que el primitivo río Bético, capturó al valle que es hoy Guadalquivir alto, precisamente al comienzo de la profunda angostura del Tranco de Beas, donde el río traza su pronunciado codo de captura.

Lo dicho es solo una hipótesis de trabajo que es necesario comprobar con detenimiento para demostrar de modo fehaciente si es o no admisible. No obstante, ello explica el enlace de dos viejos cauces pliocenos por un proceso de erosión remontante y de captura,

así como el cambio brusco de dirección del Guadalquivir, que de otro modo no es fácil explicar.

El valle medio alto del Guadalquivir

Constituído como se ha indicado en hipótesis el Guadalquivir al unirse en el Tranco dos tramos fluviales, primitivamente correspondientes a cuencas diferentes, veamos cuales son los rasgos de este segmento medio del río.

Avanza el río casi de W a E por ancha vallonada, limitada al S por los relieves más o menos subordinados a la Sierra de Cazorla y al N dominada por la abultada y ancha loma de Ubeda. El río ya en este gran segmento nos ofrece rasgos de gran madurez. Se aprecia francamente que se está en presencia de un río que ha sufrido larga evolución erosiva. Su cauce sin gran pendiente, rara vez va encajado, pues a lo sumo queda dominado por el ribazo de su primera terraza, y por la vega a que da origen esta. Las otras terrazas con su conjunto dan origen al peculiar escalonamiento de las tendidas laderas de su ancho valle. En él aún los meandros no son muy acusados pero el caudal es ya relativamente grande, siendo acrecentado por sus afluentes Guadiana Menor, Guadalimar y Guadalbullón. En esta zona pues, el Guadalquivir alcanza categoría de río caudal y al avanzar llega a los parajes de Menjíbar y Espeluy donde la campiña se rebaja y se ensancha.

Hasta entonces, el paisaje, dentro de cierta monotonía ha reflejado la variedad de detalle de un país con relativo relieve, que desde alturas bien acusadas, desciende por amplias laderas hacia el valle, ocupado por sotoneras y cuyas vegas ofrecen variedad de cultivos. Entre los que destacan frecuentes y repartidos caseríos y cortijadas, que dan peculiar carácter a esta campiña de la alta Andalucía.

Así pues se aleja el río de la serranía y joven y fuerte sigue la ancha vallonada y tranquilo y rumoroso, se adentra en las feraces tierras béticas.

El país es rico, con extensos olivares y viñedos, ondulados trigales y feraces regadíos. Tierras luminosas, de elegante y variado colorido, casi siempre presididas por despejados y altos cielos, paisaje acogedor, alegre y de espléndida belleza.

El tramo fluvial del Guadiana de la Mancha y de la Serranía de Calatrava

En cambio el Guadiana, después de pasar junto a Luciana y de haber recibido al Bullaque, siguiendo los relieves de las Hispánidas, se adentra en quebrado país de pizarras y cuarcitas, cuyas alineaciones serranas de no gran elevación, se arrumban monótonas, seguidas y paralelas hacia el NW. En general el Guadiana sigue en su avance amplias vallonadas que se amoldan a sinclinales muy abiertos, cuyas laderas aparecen constituídas por conjuntos pizarrosos a los que coronan cresterías cumbreñas de cuarcitas.

A veces, cambios bruscos en la alineación del río, hacen que corriendo normal a las serratas las corte y se encaje su valle momentáneamente en ellos dando lugar a angostas y ásperas gargantas, los portillos. También es frecuente que el río se enrosque en pronunciados meandros encajados, fenómenos que denuncian la vieja ascendencia epigénica, en la evolución de su valle.

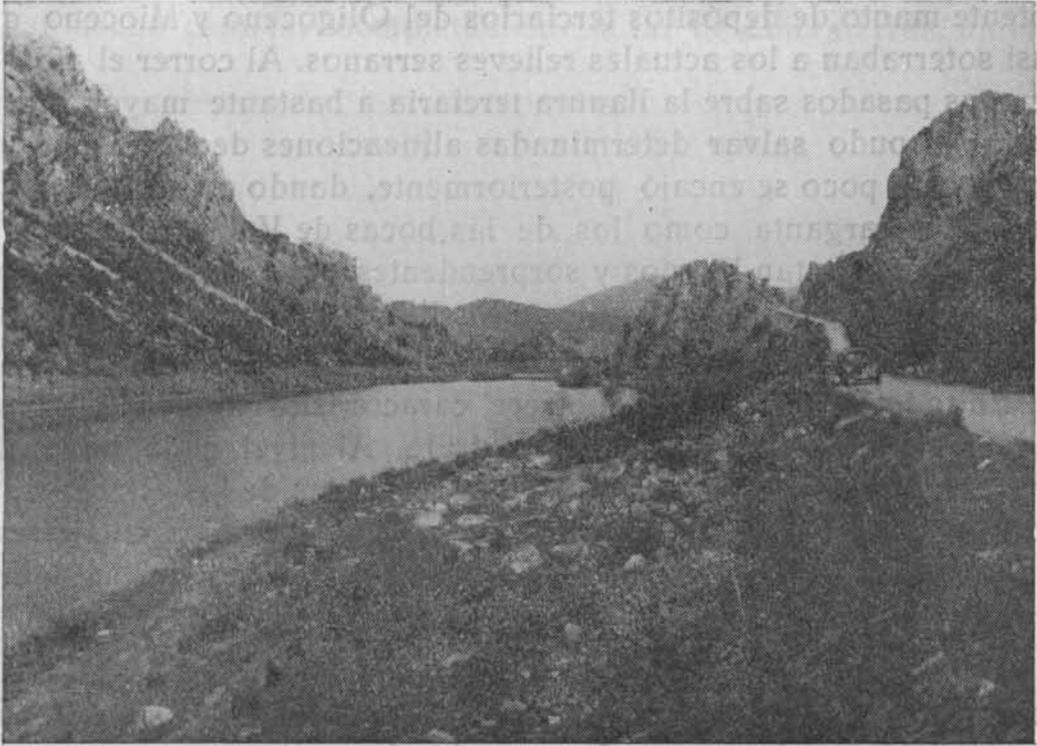
En tiempos pliocenos, el Guadiana avanzaba por este mismo país entonces casi en su totalidad ocupado por depósitos terciarios, dominando los de la edad oligocena, de los cuales sobresalían solo los relieves más acusados de las serratas, que con frecuencia se interrumpen al quedar soterradas por las masas sedimentarias que alcanzaban relativa gran potencia.

Por esta llanura, el viejo Guadiana corría lento, en amplio valle que poco a poco fué encajándose en la masa poco coherente de los aluviones del Terciario. Alcanzando el substrato inferior paleozóico, comenzó el proceso de su imposición epigénica, la constitución de los meandros encajados por evolución de los anteriores divagantes, y acentuadamente la formación de los portillos. Ambos accidentes caracterizan hoy a este tramo fluvial que ofrece así muy especial característica.

El encajamiento progresivo en estas zonas ha dado lugar a la gradería del conjunto de terrazas que caracteriza a las tendidas laderas de su valle, terrenos dominados por la extensa formación de raña, que no tardó en quedar colgada a más de 100 m, al evolucionar y encajarse más y más el valle fluvial, a lo largo del Cuaternario.

Este país es de características monótonas, tanto por sus rasgos fisiográficos, como geológicos. Domina un relieve de tipo medio, de

alineaciones muy seguidas, estando el campo en general cubierto de extensos jarales. En el valle, el ambiente es más ameno, pues son frecuentes las sotoneras de variada y vieja arboleda. Junto a los núcleos de población y especialmente en Puebla de Don Rodrigo,



Estrecho de Puerto Peña, donde el Guadiana corta a potente alineación de cuarcitas ordovicienses en su tramo extremeño.

Foto H. Pacheco. IV-53

las zonas de regadíos, son extensas. El paisaje aquí es sumamente típico e interesante, pero de sobria belleza.

Con estas características el Guadiana alcanza el gran embalse del Portillo de Cijara, que da a estos campos acusada serenidad, comenzando, salvado el Portillo, otro tramo fluvial, el que atraviesa los llanos de la Extremadura Central.

Se caracteriza este por el dominio de la amplia vallonada que tiene además muy escasa pendiente, debido a lo cual un conjunto de grandes charcos o «tablas» van jalonando el cauce a manera de rosario. Alcanzan estos charcos relativo gran tamaño, pudiendo algunos medir centenares de metros de longitud, pero la anchura siempre se amolda a la media del cauce que solo llega, como máximo a algunas decenas de metros.

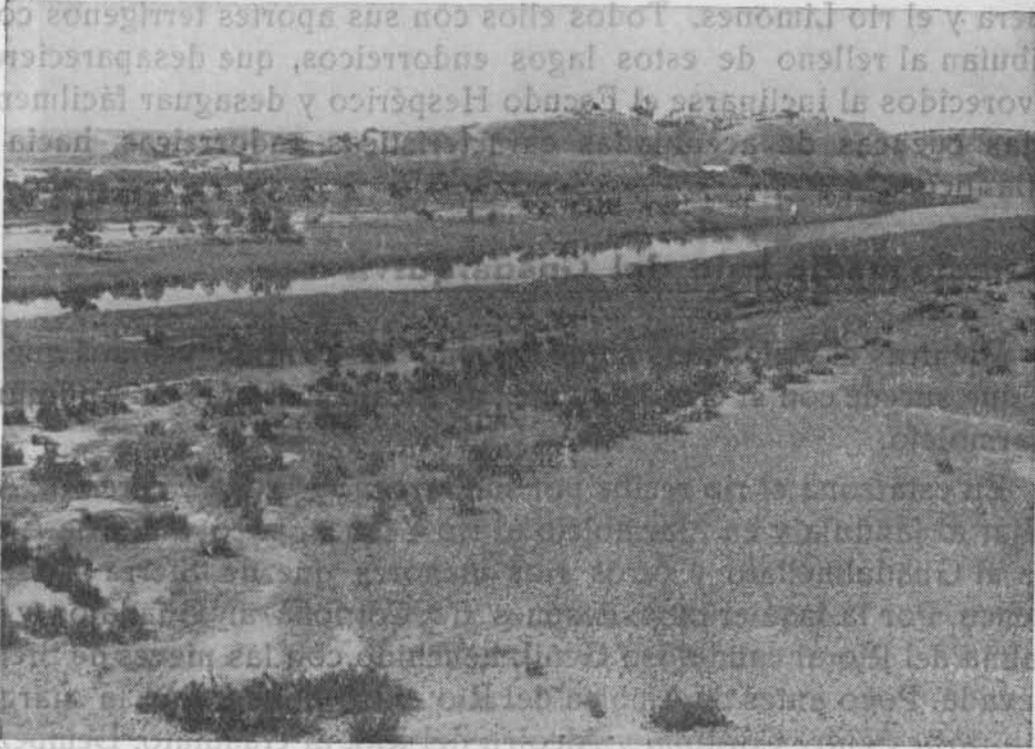
Interrumpen a los tramos fluviales de llanura, los portillos, bocas o estrechos, mediante los cuales el Guadiana corta a las sierras que corren más o menos normales al río. Tales accidentes, desconcertantes en un principio, no son sino procesos erosivos de epigenia, pues esta llanura estuvo también en su mayor parte cubierta por un potente manto de depósitos terciarios del Oligoceno y Mioceno que casi soterraban a los actuales relieves serranos. Al correr el río, en tiempos pasados sobre la llanura terciaria a bastante mayor altitud que hoy, pudo salvar determinadas alineaciones de sierras, en las que poco a poco se encajó posteriormente, dando origen ello a los tramos en garganta como los de las bocas de Valdecaballero o de Puerto Peña, de tan bravíos y sorprendentes paisajes y más al contrastar con la placidez del valle en los llanos que preceden o siguen a tales accidentes.

En todo este tramo el río ofrece características de senectud por el largo proceso erosivo que ha sufrido. Al nivel de la llanura, o levemente encajado en ella, salvo en las zonas de los estrechos, el Guadiana avanza por ancha campiña cubierta de viejos encinares o monótonas tierras labrantías, característica general que solo interrumpen alguna que otra zona con plantío de viñedos y olivares.

Con estos rasgos el Guadiana alcanza las zonas de Medellín, donde la llanura es mucho más regular y extensa. Por ello el cauce se subdivide en brazos, caños y quebradas que se unen y separan dando origen a una red completa de cauces secundarios en los que son frecuentes los grandes charcos. Este país tiene acentuadas características palustres, pantanosas y es resto de lo que quedó sin ser ocupado por aluviones de un extenso lago de ascendencia pliocena, poco profundo, pando y de gran extensión que ocupa el centro de la zona N de la gran llanura de la Serena. Forma hoy tal paraje, que tuvo acentuadas características endorreicas, las denominadas vegas altas del Guadiana, que han de convertirse en extensas zonas de regadío en tiempos venideros próximos. Dominan en estas zonas las tierras abiertas de siembra, escaseando o faltando en absoluto el arbolado. Como el país es muy llano, en épocas de avenidas el río inunda los campos ofreciendo entonces el aspecto éstos de extensa laguna que recuerdan el antiguo lago sereniano de Hernández-Pacheco, que ocupó al final del Terciario y en el cuaternario antiguo, amplio espacio, como se ha indicado en estas zonas.

El fenómeno se repite, con características muy semejantes aguas

abajo de Mérida, hasta alcanzar el Guadiana, Badajoz, donde el río formó según H-Pacheco, otro gran lago amplio y pando, el Augustano, hoy soterrado y convertido en fértil llanura, que está ya experimentando la intensa y próspera colonización mediante regadíos que han hecho cambiar completamente la faz de estas tierras, antes



Lecho del Guadiana en las Vegas Bajas. Al fondo los escarpes oligocenos de Lobón (Badajoz). El amplio cauce aparece ocupado por grandes masas de canturrales.

dehesas de pasto y arbolado y hoy grandes campos de huerta, espléndidos vergeles, de ricos y variadísimos cultivos.

En ambas zonas el Guadiana ofrece características de valle bajo, de zona próxima a la desembocadura, pues estos lagos rellenos de aluviones se asemejan a extensas marismas que rodean a los estuarios de los ríos normales, denunciando tal hecho en el Guadiana, su característica anormal y el ser un río directamente procedente de una red pliocena muy evolucionada hoy, en su mayor parte hoy desaparecida.

Hacia los dos lagos el Sereniano y el más bajo, Augustano venían a desaguar en conjunto de río que hoy son afluentes del Guadiana. Al Sereniano y procedentes del N llegaban el Ruecas, y el Gargaligas, más hacia aguas abajo el Búrdalo y otros menores,

del Sur venían el Zújar, el Ortiga y el Matachel uniéndose éste al Guadiana, en la zona que a manera de amplio umbral separaba las dos cuencas lacustres.

Al lado augustano llegaban del N el Aljucén, el Alcazaba y Gévora, ya cerca de Badajoz.

De los llanos del Sur, solo merecen ser citados el Guadagira, Albuera y el río Limones. Todos ellos con sus aportes terrígenos contribuían al relleno de estos lagos endorreicos, que desaparecieron favorecidos al inclinarse el Escudo Hespérico y desaguar fácilmente estas cuencas de acentuadas características endorreicas, hacia el Atlántico.

El tramo medio bajo del Guadalquivir

Mientras el viejo Anas sigue cansino su camino, veamos qué es lo que sucede con el Guadalquivir, al alcanzar tierras de Andújar y Marmolejo.

En esta zona el río recibe por su margen derecha y cerca de Andújar al Jándula y en Marmolejo al río Yeguas, poco antes de Alcolea al Guadalmellato y otros ríos menores que de Sierra Morena vienen. Por la izquierda y después de Córdoba al Guadajoz y en Palma del Río al caudaloso Genil, henchido con las nieves de Sierra Nevada. Poco antes de Alcolea del Río al Corbones. Por la margen contraria y entre Córdoba y Alcolea del Río, al Guadiato, Bembezar y otros de menor importancia. El río crece, se acrecienta y con el aporte del Viar en Cantillana y el Caba, casi en Sevilla alcanza la ciudad con gran caudal y aspecto magnífico.

De Andújar a Alcalá del Río el Guadalquivir avanza por un valle amplio, de no gran pendiente. Sus márgenes derechas siguen de cerca los altos escarpes de Sierra Morena y a veces incluso el río llega a morder momentáneamente y a encajarse en el dominio de la Sierra. Tal es lo que acontece en el meandro encajado de Montoro, accidente muy semejante al que el Tajo traza en torno de Toledo. Las márgenes contrarias, van limitadas por la campiña andaluza, siendo frecuente que valle del Guadalquivir y campiña se enlacen de tal modo que no existe entre ellos discontinuidad notoria.

El país que recorre el Betis es de extraordinaria riqueza, vegas y campiña aparecen ocupados por ubérrimos cultivos, viñedos y olivares muchos de ellos regados por las aguas del río.

A la derecha pronto se alza el escarpe de la Sierra que limita al campo con la línea quebrada de sus cumbres. Hacia la izquierda se extiende la campiña, luminosa, alegre, de grandiosas perspectivas.



El Guadalquivir en Sevilla. Canal de Alfonso XIII, zona portuaria principal, al comienzo del tramo de desembocadura.

Foto H. Pacheco.-IV 42

El río se adentra en este país, abrazándolo perezoso, con sus meandros divagantes.

La fisonomía de estas tierras han cambiado mucho desde los tiempos finales del Plioceno. Entonces todo el valle bético y amplias zonas de la campiña estaban invadidas por un entrante del Atlántico y daban origen a un amplio golfo marino epicontinental, es decir somero, de poca profundidad, el Golfo bético. Entonces las olas rompían sonoras al pie de los escarpes formados por las calizas miocenas que hoy se descubren al pie de la Sierra Morena. Una costa con playa y cantiles se extendía cerca y al N de Córdoba hacia los campos de El Brillante, del Cañito Bazán y hacia donde hoy quedan las ruinas de Medina Zahara.

El tramo bajo del Guadalquivir

Pasado Alcalá del Río, el Guadalquivir entra en su tramo final. En Alcalá comienza a ser ya influido por la marea y a poco, se inicia el puerto fluvial de Sevilla. La llanura se aplana, se ensancha, ya no hay diferencia entre vega y campiña que solo se eleva sobre el río algunas decenas de centímetros y así con tránsito insensible se alcanzan las marismas donde los numerosos brazos serpentean dejando entre ellos amplias islas que son cruzadas por el brazo principal, la madre del río, el canal de acceso al puerto de Sevilla.

Aquí sí que la llanura es plana y dilatada. Desde ella el horizonte se pierde en la lejanía y a veces no se alcanza perdido en la neblina, bruma o calina que flota sobre el campo sin fin. Yerbazal inmenso, sin puntos de orientación, donde los fenómenos curiosos y sorprendentes del espejismo son frecuentes. Masa inmensa de aguas pandas durante las crecidas, desierto infinito en los estiajes. En los caños y zonas pantanosas en la primavera, floran alegres masas de flores de brillantes y variados colores.

Cuando el golfo plioceno comenzó a retirarse y las tierras iban quedando en seco, el río alargaba su curso, crecía, tanto como el mar se retiraba. Del primitivo golfo ya en el cuaternario, no quedó sino la gran laguna tartesa, con algunos islotes sobresaliendo en ella, lagunas que cruzaban los naturales de aquella antiquísima cultura en sus primitivas embarcaciones.

Poco a poco el Guadalquivir con sus aportes rellenó la laguna que se fué convirtiendo en marismas. Resto de ello es hoy el actual estuario que da acceso por Chipiona al puerto de Sevilla. Así el río alargó más y más su cauce y hoy sus brazos rodean tierras cenagosas que poco a poco se desecan y colonizan para cultivos, tierras formadas por los aportes del río, arrebatándose así al mar sus dominios, al que finalmente tributa el Betis con sus aguas.

Tramo final del Guadiana

El Guadiana, mas allá de Badajoz, continúa con su carácter de río viejo y muy evolucionado. Pero este carácter en vez de acentuarse al ir acercándose al Atlántico se pierde. Es característico del Guadiana extremeño, el no tener terrazas fluviales, lo que se explica por haber sido en gran parte estas zonas de su valle, lugares o de erosión lenta y constante o zonas de relleno. Pero el Guadiana portu-

gués nos ofrece ya, como todo río típicamente cuaternario, un conjunto de terrazas sumamente típicas, que ocupa las amplias y tendidas laderas de su valle, que encajado cruza la penillanura del Alentejo. El Guadiana aún nos reserva una gran sorpresa al alcanzar el paraje de Mértola, saltando por raudales y cascadas y salvando así un gran desnivel. Pero finalmente y a poco se inicia su zona de estuario, pero sin campo de marismas, pues el Guadiana hasta la misma zona de desembocadura, sigue encajado en el pizarral paleozóico.

El tramo final, el del estuario es amplio, pero con característica peculiar, pues siempre hasta la zona fronteriza portuaria de Ayamonte y Villa Real de Santo Antonio, el río está dominado por altas riberas y colinas, indicando ello que en otros tiempos su valle se adentraba en los dominios del Atlántico.

La campiña que limita al Guadiana desde Badajoz al mar, es siempre muy semejante. Dominan las dehesas de pasto y arbolado, los cultivos de secano y algún plantío de viñas y olivos. El campo es solitario, relativamente pobre, de sobria belleza, en contraste marcadísimo con la alegría y riqueza del valle bajo del Guadalquivir.

Hasta en su desembocadura ambos ríos, el Guadiana y el Guadalquivir, no pueden ser de rasgos fisiográficos más diferentes, denunciando al primero una vieja, larga y anormal evolución, y el segundo su juventud y sus normales características.

La Península hispánica se ha dicho muchas veces que por su gran variedad puede ser considerada como un pequeño continente. Ha sido suficiente comparar dos de los ríos caudales, de la vertiente Atlántica, el Guadalquivir y el Guadiana, para ver cuán real es esto. Río viejo, formado por retazos de otros conjuntos fluviales, hoy como tales desaparecidos, es el Guadiana. Su origen, allá en la altiplanicie de los Campos de Montiel, en el magnífico conjunto de las lagunas de Ruidera, tiene mucho de anormal y misterioso. Y luego la «vida» del río, a lo largo de su cauce, no deja de ser constante sucesión de accidentes y fenómenos, tan inesperados algunos y tan anormales otros, que hacen del Guadiana el río fisiográficamente considerado más interesante y peculiar de la Península. Recorre un país muy evolucionado, antiquísimo, reducido por sucesivos ciclos de erosión al estado de arrasada penillanura, a veces algo rejuvenecida, pero siempre con el aspecto que suele ofrecer el rígido Escudo Hespérico, núcleo fundamental de la Península.

El Guadalquivir, por el contrario, nos ofrece como un río joven, de evolución normal, con sus tres tramos característicos, siendo en sus zonas bajas el hijo directo de la mar que se retira, cediéndole sus dominios.

Avanza el río por una de las más típicas y recientes depresiones, ocupada por el país bético y situada al margen del Escudo Hespérico cuyo límite meridional da origen al escarpe frontal de la Sierra Morena.

Pero no podía faltar en este río el rasgo de anormalidad que casi siempre caracteriza a los fenómenos geológicos y fisiográficos de la Península. Y me refiero al brusco cambio, al codo que traza el río al llegar al Tranco de Beas, donde cortando transversalmente la Sierra de Cazorla, vuelve la espalda y se encamina al Atlántico. Abandona pues el Guadalquivir su viejo camino hacia el Mediterráneo. ¿Fue este mar en remotos tiempos del Plioceno el que recibió sus aguas? Todo parece apoyar esta tesis, siendo ello un buen tema de investigación.

Variedad, complejidad, pero unidad en nuestra Península. Problemas diversos y desconcertantes se plantean constantemente que tratamos de resolver españoles y portugueses. Nuestros dos países son un conjunto de tierras, un pequeño continente, como dijo mi padre y maestro:

In uno plures et ex cunctis unum.

